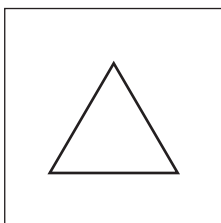
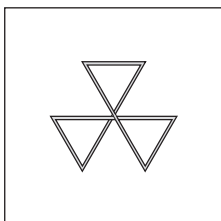


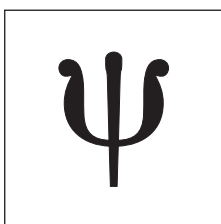
## *Simbología de los Soldados Fantasma*



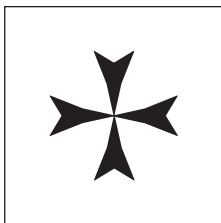
SIGNIFICA  
sombra



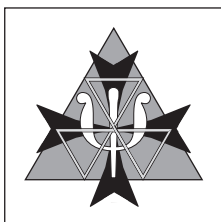
SIGNIFICA  
protección contra  
las fuerzas malignas



SIGNIFICA  
la letra griega *psi*, que los investigadores  
parapsicológicos utilizan para referirse  
a la percepción extrasensorial  
u otras habilidades psíquicas



SIGNIFICA  
cualidades de un caballero:  
lealtad, generosidad,  
valor y honor



SIGNIFICA  
caballeros en la sombra que protegen  
de las fuerzas malignas  
mediante los poderes psíquicos,  
el valor y el honor



*Nox noctis est nostri*  
La noche es nuestra

*El credo de los Soldados Fantasma*

Somos Soldados Fantasma, vivimos entre las sombras.  
El mar, la tierra y el aire son nuestro entorno.  
No dejaremos atrás a ningún compañero caído.  
Nos regimos por la lealtad y el honor.  
Somos invisibles para nuestros enemigos  
y los destruimos allá donde los encontramos.  
Creemos en la justicia y protegemos a nuestro país  
y a aquellos que no pueden hacerlo.  
Lo que nadie ve, oye ni sabe  
son los Soldados Fantasma.  
Entre las sombras existe el honor, nosotros.  
Nos movemos en absoluto silencio,  
ya sea por la jungla o por el desierto.  
Caminamos sin ser vistos ni oídos entre nuestro enemigo.  
Atacamos en silencio y desaparecemos  
antes de que descubran nuestra existencia.  
Recopilamos información y esperamos con paciencia infinita  
el momento idóneo para impartir justicia rápida.  
Somos compasivos y despiadados.  
Somos crueles e implacables en nuestra ejecución.  
Somos los Soldados Fantasma y la noche es nuestra.



## Prólogo

---

*L*as luces de los coches circulando en dirección contraria le estaban mortificando los ojos, como si atravesaran su cráneo y le acribillaran el cerebro. Quiso gritar de dolor y se apresuró a sintonizar la emisora de radio para que la suave voz sexy de la Sirena Nocturna inundara el coche. Era una grabación, pero servía. Centró la visión en un punto y al instante todo adquirió un carácter onírico. Los edificios se sucedían como destellos, los coches parecían haces de luz en vez de materia sólida.

—¿A dónde vamos?

Dio un brinco. Por un momento había olvidado que no estaba solo. Dirigió una mirada impaciente a la fulana sentada a su lado y sintió de nuevo en su cabeza el terrible martilleo que había empezado a remitir. En la oscuridad la prostituta se parecía un poco a la mujer que necesitaba. Si mantuviera la boca cerrada, hasta podría fingir que así era. Estuvo tentado de decirle que pronto iba a irse al infierno, pero consiguió forzar al final una leve sonrisa:

—Vas a cobrar, ¿verdad? ¿Qué cambia entonces que antes demos una vuelta por ahí?

La prostituta se inclinó hacia delante para toquetear la radio.

Recibió un manotazo:

—No toques nada.

Tenía sintonizada la emisora que quería, la que necesitaba. La voz de la Sirena Nocturna se difundía con las ondas, despejaba su mente y excitaba su cuerpo. La mujer no iba a durar ni una hora si volvía a tocar el dial.

Mantuvo la mirada fija en el coche al que estaba siguiendo. Sabía qué debía hacer. Tenía un trabajo, y se le daba bien de verdad lo que hacía. La fulana era una tapadera perfecta, y además le permitía esperar con expectación el placer que llegaría más tarde. Nunca le había atrapado aún. Maldito Whitney, tenía que haber interferido: el doctor había amenazado de nuevo con mandar a otra persona. Al muy estúpido no le gustaban sus informes. Bien, pues iba a joderse. El doctor se creía tan superior, tan inteligente, que le preocupaba, eso decía, que la situación fuera a deteriorarse. Vaya carca, siempre con sus chorradas. No había situación alguna. Nada iba a deteriorarse. Él siempre podía encargarse de la vigilancia de un Soldado Fantasma.

Whitney pensaba que sus preciados Soldados Fantasma eran superguerreros a quienes reverenciar. Se iba a enterar. Los Soldados Fantasma eran mutaciones genéticas, aberraciones, abominaciones, no unos puñeteros milagros como Whitney afirmaba. Habría que eliminarlos a todos de la faz de la Tierra, y él iba a encargarse de eso. Eran experimentos gubernamentales que deberían haberse descartado antes de dejarlos sueltos por el mundo.

Se veía a sí mismo como el guardián, el hombre solitario que se encontraba entre los mutantes y los humanos. Era a él a quien deberían venerar. Whitney debería postrarse de rodillas y besarle los pies, agradecerle sus informes y su atención al detalle...

—No me has dicho tu nombre. ¿Cómo quieres que te llame?

La voz le sacó de golpe del ensueño. Quiso abofetear a aquella fulanita. Machacarle la cara a puñetazos hasta dejar sólo una papilla sanguinolenta. Coger su cabeza entre las manos y oír el crujido gratificante, sólo para que se callara, pero iba a dejarlo para luego. Si aguantaba callada un rato al menos podría seguir con la fantasía de que era la Sirena Nocturna.

La Sirena Nocturna le pertenecía, muy pronto la tendría. Sólo debía librarse de los Soldados Fantasma de una vez por todas. Entonces ella haría todo lo que él dijera.

—Puedes llamarme Papi.

La fulana tuvo la audacia de entornar los ojos, pero él contuvo la necesidad imperiosa de castigarla. Tenía otros planes para ella.

—Soy una chica mala —dijo, y se inclinó para frotarle la entrepierna—. Y es obvio que a ti te gusta que lo sea.

—No hables —soltó, y suspiró cuando ella le abrió los vaqueros.

Mejor dejarla trabajar mientras él se ocupaba de sus asuntos, así mantendría la boca cerrada y las manos ocupadas. Él podría mirar su piel y cabello y todo iría bien. Iba a ser una larga noche, al menos podía esperar con ganas lo que vendría después.

Por delante, el coche al que seguía se detuvo junto al bordillo, qué extraño, pero no podía dejarse atrapar... y no podía perderles. Se hizo a un lado también y esperó mientras la fulana seguía haciendo su trabajo, y la sangre se precipitaba por sus venas como una droga.





# Capítulo 1

Saber Wynter se recostó en el lujoso asiento del coche deportivo de baja suspensión y observó con incredulidad a su cita:

—¿He oído bien? —Dio unos golpecitos sobre el reposabrazos con su larga uña perfectamente pulida—. Estás diciendo que es la tercera vez que sales conmigo y afirmas que has gastado cien dólares...

—Ciento cincuenta —corrigió Larry Edwards.

Saber alzó una ceja oscura con suspicacia.

—Ya veo. Ciento cincuenta dólares, pero no tengo ni idea en qué los has gastado. Tu restaurante favorito es un bar de carretera.

—El San Sebastian no es un bar de carretera —negó con vehemencia, observando los ojos azul violeta de la chica, ojos inusuales, hermosos e inquietantes.

Le había llamado la atención su voz en la radio al instante: la Sirena Nocturna, la llamaba todo el mundo. Parecía un susurro ronco cargado de pura promesa sensual. Noche tras noche la escuchaba y soñaba con ella. Y luego al conocerla... Tenía una piel fantástica y una boca que pedía sexo a gritos. Y esos ojos. Nunca había visto unos ojos iguales. Parecía de lo más inocente, y esa combinación sexy e inocente era demasiado como para resistirse.

Pero estaba demostrando ser una chica difícil, maldición, ¿y de qué podía enorgullecerse ella? Era flacucha, parecía una niña abandonada, nada como para mostrarse altiva y estirada. De hecho, debería sentirse agradecida por sus atenciones. En lo que a él concernía, era sólo una coqueta.

Ella se encogió de hombros con un gesto de lo más femenino.

—¿De modo que piensas que haber gastado ese dinero en tres citas te da derecho a acostarte conmigo?

—Desde luego que sí, encanto —soltó—. Me lo debes.

Detestaba esa mirada distante y fría suya. Necesitaba que un hombre de verdad la pusiera en su sitio: él era ese hombre.

Saber forzó una sonrisa.

—Y si no... qué término tan delicado has usado... si no «me presto», ¿piensas dejarme tirada aquí mismo en medio de la calle a las dos de la madrugada?

Confiaba en que el muy majadero pasara a la acción o impusiera su criterio, pues iba a recibir una lección de modales que nunca olvidaría. Ella no tenía nada que perder. Bueno, casi nada. Esta vez llevaba demasiado tiempo en la misma ciudad, se había amoldado demasiado bien —teniendo en cuenta sus esquemas—, por lo que si antes de desaparecer limpiaba el suelo con el insoportable Larry el Canalla estaría haciendo un favor a las mujeres de Sheridan.

—Así es, querida. —Le dedicó una sonrisita de complacencia—. Creo que reconocerás que hay que ser un poco razonable al respecto, ¿no?

Deslizó la mano por el respaldo del asiento, sin tocarla de momento. Quería hacerlo. Por lo general a esas alturas ya estaba toqueteando sin parar; le encantaba ver cómo se escurrían sus presas. Le encantaba el poder que tenía sobre ellas. No entendía por qué aún no le había dado un morreo, ni le había abierto la blusa de un tirón para tomar lo que quería. Pese a anhelarlo, algo en su interior le advertía que fuera más despacio, que tuviera un poco más de cautela con Saber. Estaba seguro de que no tardaría en quedarse calladita y él sería capaz de hacer lo que le viniera en gana con ella. Confiaba en verla gritando y suplicando que no la dejara ahí, pero en vez de eso sus dientecitos blancos relucían como perlas brillantes, algo que le retorció las tripas.

Tanta petulancia provocaba en Saber ganas de abofetear aquellos rasgos añados de chico guapo y borrarlos de la cara.

—Tengo malas noticias para ti, Larry. La triste verdad es que prefiero defenderme con todas mis uñas y dientes antes que acostarme

contigo. —Salió del coche de baja altura—. Te apesta el aliento, Lar, y seamos francos... eres repugnante.

Cerró la puerta con tal fuerza que él dio un claro respingo.

La furia le dominó.

—Este barrio tiene mala fama, Saber. Vaqueros borrachos, traficantes, gorriones. No es buena idea quedarse aquí.

—Serán mejor compañía, estoy segura —bromeó ella.

—Tu última oportunidad, Saber. —El ojo le temblaba de rabia—. Te estoy haciendo un favor. Tirarse a una esquelética como tú no es ningún festín. Básicamente eres un polvo penoso.

—Muy tentador, Lar, muy tentador. ¿Te dio resultado con alguna adolescente asustada? Porque conmigo, la verdad, no funciona.

—Vas a lamentarlo —soltó él, furioso porque nada de lo que decía parecía obtener la reacción deseada.

Le hablaba como una princesa a un campesino y hacía que se sintiera como lodo bajo su zapato.

—No pienses que esto va a quedar así, celebridad —advirtió ella aún con su sonrisa—. Será una gran historia para mi sesión de radio. Dedicaré todo un programa al tema: el peor gilipollas con quien has salido en la vida.

—No te atreverás.

—No estás tratando con una quinceañera, Larry —le informó con frialdad, demasiado enfadada ya como para reírse de la situación.

Él no tenía ni idea de con quién, o qué, estaba tratando. Vaya pedazo de idiota. ¿Creía que podía obligarla a acostarse con él con amenazas de dejarla en un barrio de mala fama? Se preguntó si en realidad ese plan le había funcionado antes. Sólo pensarlo hacía que se muriese de ganas de echarle las garras. Pero mantuvo su frialdad y le miró de arriba abajo.

Furioso, Larry aceleró el motor y se alejó dejando un rastro de neumáticos, y a Saber de pie en medio de la calle vacía.

La chica dio una patada en el suelo aún mirando con ira las luces traseras que desaparecían.

—Maldición, Saber —musitó pateando el bordillo con frustración—. Si insistes en salir con gilipollas, ¿qué esperas?

Estaba cansada de intentar parecer normal. Estaba agotada hasta la muerte de fingir. Nunca iba a encajar, ni en un millón de años.

Pasándose la mano por la masa azul oscuro de espesos rizos que caían con rebelde confusión alrededor de su cara, dio una lenta y prolongada mirada a su alrededor. Larry no bromeaba, era una parte espantosa de la ciudad.

Tomó aliento y dijo entre dientes:

—Qué maravilla. Lo más seguro es que haya ratas aquí. Ratas famélicas. Esto no pinta bien, Saber, en absoluto. Deberías haberle dado una paliza y robado su coche.

Con un profundo suspiro, se encaminó por la acera sucia y agrietada en dirección a la única farola que iluminaba una cabina de teléfono.

—Sería una suerte que esa cosa estúpida estuviera rota. En ese caso, Larry —juró en voz alta— sin duda pagarás por tus pecados.

Porque, por supuesto, podía tener un móvil como todo el mundo. Pero no dejaba rastros burocráticos que cualquiera pudiera seguir. La próxima vez, si en alguna ocasión había una próxima vez de ser lo bastante estúpida como para tener una cita, llevaría su propio coche y ella dejaría a alguien tirado.

Una espera de cuarenta y cinco minutos para un taxi. Para eso servían sus fanfarronadas. No iba a esperar cuarenta y cinco minutos en la oscuridad rodeada de ratas. Ni de coña. Qué incompetencia mostraba el servicio de taxis al no planear mejor sus recursos.

En un arrebato de mal genio colgó el auricular con un porrazo, pensando fugazmente en el oído del telefonista. Dio una patada a un lado de la cabina y casi se rompe la punta del pie. Con un aullido y dando brincos como una idiota, juró venganza eterna contra Larry.

Debería haberse quedado en el coche y plantarle cara en vez de dejar que se largara así. Era un gusano que se arrastraba por el suelo, pero no un monstruo. Había conocido monstruos de cerca. Le pisaban los talones y pronto —demasiado pronto si no se largaba— volverían a encontrarla. Un saco de mierda como Larry era un príncipe en comparación. Sin duda Lar no había reconocido el monstruo que había en ella. Si la hubiera tocado... desechó la idea y se obligó a pen-

sar como alguien *normal*. Debería haberle dado un puñetazo, al menos uno, por todas las mujeres a las que había abandonado, porque a él le gustaba el poder. Estaba bastante segura de que casi todas ellas tendrían deseos de darle al menos un puñetazo al hijo de perra.

Saber suspiró bajito y sacudió la cabeza. Estaba posponiendo lo inevitable. No iba a volver a casa andando, y en realidad no podía quedarse donde estaba. Iba a pagar caro por esto, pero ¿qué era una reprimenda más después de tantas? Esforzándose por respirar hondo y controlarse, marcó con furia los números, usando inconscientemente un movimiento punzante y salvaje con el dedo sobre el teléfono que no tenía culpa alguna.

Jess Calhoun estaba desparrado cuan largo era sobre el amplio fujón de cuero hecho por encargo, mirando al techo en la oscuridad. Un silencio asfixiante le rodeaba, envolvente y opresivo. El tic tac del reloj sonaba únicamente en su mente. Interminables segundos y minutos. Una eternidad. ¿Dónde estaba ella? ¿Qué diablos estaba haciendo a las dos y media de la mañana? Era su noche libre, no estaba en la emisora trabajando más tarde de lo habitual, ya lo había comprobado. Seguro que no había tenido un accidente, alguien se lo habría notificado. Había llamado a todos los hospitales de la zona, al menos podía consolarse sabiendo que no estaba en ninguno de ellos.

Cerró los dedos despacio formando un puño y golpeó una, dos veces sobre el cuero. No le había dicho que salía, ni siquiera había llamado para decir que llegaría tarde. Uno de estos días la misteriosa y elusiva Saber iba a hacerle perder la paciencia, y acabaría estrangulándola.

El primer recuerdo que tenía de ella se coló sin previo aviso, advirtiéndole que era su propia estupidez lo que le había llevado a una posición tan incómoda. Diez meses antes había abierto la puerta y en la entrada había encontrado a la niña más hermosa que jamás había visto, con una gastada maleta en la mano. No pasaba del metro cincuenta y siete y tenía el pelo como el azabache, tan negro que a través del revuelo de rizos relucían unas lucecitas azules. Su cara pequeña y

frágil tenía una delicada osamenta clásica y una nariz levemente altiva. Piel suave perfecta, boca carnosas y enormes ojos azul violeta. Había una inocencia en ella que despertó un deseo —no, necesidad— de protegerla. La manera en que temblaba con el aire frío era insostenible.

Ella le había tendido sin mediar palabra un pedazo de papel con su anuncio. Quería el trabajo en la emisora, el puesto que había quedado vacante después del accidente de coche en el que falleció su equipo del turno de noche. Tal accidente había dejado temblando a todo el mundo, y Jess había tardado un tiempo en pensar en volver a ofrecer el trabajo, pero hacía poco había puesto un anuncio para contratar a alguien.

Fueron sus ojos y boca lo que la delataron. No era una niña envuelta en una fina chaqueta vaquera varias tallas demasiado grande, sino una joven agotada, de belleza exótica e inquietante. Esos ojos habían visto cosas que no deberían haber presenciado. Él nunca dejaría tirada —no podría— a una joven con esos ojos.

Tardó un momento en cerrar la boca y volver a entrar en el vestíbulo para invitarla a entrar. Le estrechó la mano rodeándola por completo, pero no obstante pudo percibir la fuerza con que se agarraba. Bajo la engañosa piel de seda había músculos de acero. Se movía con gracia fluida, su porte era tan regio que la tomó por una bailarina de ballet o gimnasta. Cuando por fin la joven esbozó una sonrisa titubeante, dejó a Calhoun por completo sin aliento.

Jess se pasó una mano por el pelo maldiciéndose por haberla invitado. Desde aquel momento, estuvo perdido; sabía con certeza que siempre lo estaría. Durante los últimos diez meses ella le había hechizado y él ni siquiera quería escapar del embrujo. Nunca había reaccionado a una mujer de aquella manera. No podía dejar que se marchara, por ilógico que pareciera, así que había abierto su hogar y le había ofrecido el trabajo en la emisora y también algunas tareas ligeras de gobierno de la casa a cambio de un lugar donde vivir.

Por supuesto la había investigado; no había perdido la cabeza del todo. Les debía a sus compañeros Soldados Fantasma, miembros de su grupo militar de elite, saber con quién compartía su casa. Pero no

existía ninguna Saber Wynter. No es que le sorprendiera demasiado, pues imaginaba que se ocultaba de alguien, pero era muy inusual que él no encontrara hasta el último dato sobre alguien, sobre todo teniendo en cuenta que disponía de sus huellas dactilares.

El estridente sonido del teléfono le provocó un vuelco del corazón contra el muro de su pecho. Sacó volando la mano, con la velocidad propia de una serpiente al ataque, y agarró el auricular.

—¿Saber?

Era un ruego, maldición, un ruego manifiesto. Respiró hondo deseando absorberla en sus pulmones y retenerla ahí.

—Hola, Jesse —saludó ella con jovialidad, como si aún fuera mediodía y él no llevara horas subiéndose por las paredes—. Digamos que tengo un problemilla de nada...

Él pasó por alto el alivio que recorría su cuerpo a toda velocidad, la tensión de los músculos nada más oír el sonido sensual de su voz, y la erección instantánea que nunca desaparecía cuando pensaba en ella..., algo que sucedía todo el tiempo.

—Maldición, Saber, no habrás acabado en el trullo otra vez.

De verdad iba a estrangularla. Un hombre no podía tolerar tanto. El suspiro de la chica fue exagerado.

—Con franqueza, Jesse, ¿tienes que sacar ese tonto incidente cada vez que algo va mal? No es que intentara a posta que me arrestaran.

—Saber —dijo él con exasperación—, tender las manos juntando las muñecas es pedir que te arresten.

—Era por una buena causa —protestó.

—Encadenarse a la casa de unos ancianos para llamar la atención sobre las condiciones de la vivienda no es que sea exactamente la manera de cambiar las cosas. ¿Dónde demonios estás?

—Suenas como un viejo oso gruñón con dolor de muelas. —Saber repiqueteó un ritmo con su larga uña en la pared de la cabina, uno de los hábitos nerviosos que nunca superaba—. Estoy aquí colgada cerca de los viejos almacenes, digamos que mmm sola... sin coche.

—¡Maldita sea, Saber!

—Eso ya lo has dicho antes —indicó diplomáticamente.

—Ni se te ocurra moverte. —El frío acero apareció en el timbre

profundo de su voz—. No salgas de la cabina. ¿Me oyes, Saber? Mejor que no te encuentre jugando a dados ahí con una panda de colgados.

—Muy gracioso, Jesse.

Se rió, de hecho la mocosa se rió. Jess colgó el teléfono de golpe, con ganas de sacudirla un poco. La idea de ella, tan frágil y desprotegida, cerca de los almacenes, una de las peores zonas de la ciudad, le mataba de miedo.

Saber colgó y se apoyó con debilidad en el muro de la cabina cerrando los ojos. Temblaba tanto que le costaba mantenerse en pie. Fue un esfuerzo soltar los dedos, uno a uno, del auricular. Detestaba la oscuridad, los demonios que acechaban en las sombras, la manera en que la negra noche podía convertir a la gente en animales salvajes. Su trabajo en la emisora de radio, algo que debía a Jess, no podía ser más indicado para ella, porque podía estar en pie toda la noche.

Y esta noche, la primera libre después de una eternidad, tenía que quedar con Larry el Canalla, que iba a dejar su trasero tirado en el peor sitio de la ciudad que pudiera encontrarse... no es que no supiera cuidar de sí misma, y ése era el problema, siempre sería el problema. Ella no era normal. Debería asustarle lo que acechaba en la noche en vez de asustarle hacer daño a alguien.

Suspiró. No tenía ni remota idea de por qué había salido con Larry. Ni siquiera le gustaba, ni él ni su aliento putrefacto. En realidad no le gustaba ninguno de los hombres con los que tenía citas, pero quería gustarles, sentirse atraída por ellos.

Se hundió en la pequeña cabina, acercando las rodillas al pecho. Jesse vendría a buscarla, lo sabía. Tan indudable como la tonta historia de Jess asegurando necesitar que alguien alquilara el apartamento superior, o que fuera tan barato porque necesitaba que le ayudaran con algunas sencillas tareas de la casa.

El sitio era un palacio para Saber. Grandes espacios abiertos siempre de un limpio inmaculado. El piso superior no era un apartamento, nunca lo había sido. El segundo baño de la planta fue añadido después de que ella se instalara. La enorme sala de pesas, tan bien equipada, y la piscina de tamaño real eran un incentivo añadido que podía usar cuando quisiera según le había dicho.



Por primera vez en su vida Saber se había tragado su orgullo y aceptado aquel regalo. La verdad era, por mucho que detestara admitirlo, que nunca había tenido ocasión de lamentarlo, no desde que se había instalado... a excepción de saber que no podría quedarse demasiado. Jess era el motivo real de que se quedara; no su casa, la piscina o el trabajo. Sólo Jesse.

Cerró los ojos un instante y se frotó la barbilla con las rodillas. Se estaba implicando demasiado con este hombre, más de la cuenta. Seis meses atrás no se le habría ocurrido llamar pidiendo ayuda, ahora no se le ocurría dejar de hacerlo. Aquella revelación la inquietó. Era hora de marcharse, ya hacía tiempo que debería haberse ido: se estaba acomodando demasiado. Saber Wynter tendría que arder en llamas y una nueva identidad surgiría de las cenizas, porque si se quedaba más tiempo, corría un peligro terrible, y esta vez sólo sería culpa suya.

La furgoneta apareció junto al bordillo con un estruendo y en tiempo récord. Jesse asomó su rostro apuesto por la ventana. Sus ojos oscurecidos por sombras la estudiaron con cierta ansiedad. El desplazamiento de esos ojos preciosos provocó un vuelco en su estómago, aunque ella sólo deseaba sentir alivio.

Saber se levantó despacio, un poco temblorosa, sacudiéndose la parte posterior de los vaqueros y dándose tiempo para recuperarse.

—Saber —gruñó él, con el frío acero todavía evidente.

Ella subió al vehículo de un brinco, inclinándose para darle un rápido beso en el mentón oscurecido.

—Gracias, Jesse, ¿qué haría sin ti?

La furgoneta no se movió, por lo que ella hizo una mueca y, bajo la mirada vigilante de Jess, se colocó el cinturón de seguridad.

—Mejor no lo averigüemos. —Terciopelo sobre acero. Pronunció las palabras con exasperación, recorriendo con sus ojos relucientes y posesivos la figura pequeña y delgada para asegurarse de que no había sufrido daño alguno—. ¿Qué ha sucedido esta vez, pequeña? ¿Alguien te convenció de que estos bonitos almacenes son trampas mortales y decidiste provocar algún incendio?

—Por supuesto que no —negó la chica, pero estudió los edificios con la mirada llena de prejuicios mientras el coche empezaba a cir-

cular—. Aunque ahora que lo mencionas, alguien debería investigar el problema.

Jess gruñó con exasperación.

—Entonces, ¿qué ha pasado, preciosidad?

Se encogió de hombros con desdén, despreocupado.

—Mi cita me dejó tirada después de una pequeña riña.

—Me lo puedo imaginar —dijo Jess, aunque algo oscuro y peligroso empezó a bullir en las profundidades de sus ojos—. ¿Qué hiciste? ¿Sugeriste robar las sillas del porche de alguien? ¿Un asalto al YMCA? ¿Qué ha sido esta vez?

—¿No consideras la posibilidad de que fuera sencillamente culpa de Larry? —preguntó indignada.

—Claro, durante un par de segundos, aunque tengo intención de buscar a ese amigo tuyo para dejarlo hecho un grumo sanguinolento de la paliza que se va a llevar.

—¿Me dejarás mirar?

Le sonrió invitándole a reírse con ella de todo el incidente. Eso era lo que le encantaba de Jesse, que fuera tan protector y peligroso. Aunque pareciera un osito de peluche, bajo la superficie..., debajo de todo ese músculo, había algo mortífero que la atraía como un imán.

—No tiene gracia, mocosa, podrían haberte agredido o algo peor. ¿Qué ha sucedido?

—Soy muy capaz de cuidar de mí misma —informó Saber con tono altivo—. Y tú lo sabes bien.

—Sé que crees que lo eres. Eso no es lo mismo. —Volvió sus ojos sagaces, como los de un halcón—. Deja ya de evitar la pregunta y cuéntame qué ha pasado.

Saber perdió la mirada por la ventana. Casi sintió rencor porque sabía que iba a contárselo. No quería, pero por algún motivo parecía explicarle todo lo que quería. Peor aún, nunca se sentía incómoda con él después. Sin duda estaban intimando demasiado, y eso significaba que tendría que dejarle.

¿Dejarle? ¿De dónde había salido eso? Su estómago se hundió y el corazón dio un extraño vuelco muy inquietante.

—Deja de poner esa expresión obstinada; ese gesto en tu barbilla

siempre significa que vas a ponerte cabezota. No sé por qué te molestas si siempre acabas contándome todo lo que quiero saber.

—Tal vez crea que no es asunto tuyo —replicó con decisión, fingiendo no sentirse culpable.

—Es asunto mío si me llamas a las dos y media de la madrugada cuando uno de tus novios delincuentes te deja tirada en la calle.

Al instante los ánimos se caldearon.

—Eh, siento haberte molestado —dijo Saber con agresividad, pues la aterrizzaba aquella manera en que él le hacía sentirse—. Si quieres me bajo de tu preciosa furgoneta ahora mismo.

Él le lanzó una gélida mirada burlona.

—Puedes intentarlo, encanto, pero te garantizo que no lo lograrás. —Jess suavizó el tono de voz, convirtiéndolo en una caricia de terciopelo sobre su piel que provocó una corriente de electricidad serpenteante a través de su riego sanguíneo—. Deja de llevarme la contraria y dime por qué te dejó tirada.

—No quería acostarme con él —musitó en voz baja.

—Repíte eso, cielo, esta vez mirándome a la cara —sugirió él suave como la seda.

Saber soltó un suspiro.

—No quería acostarme con él —dijo otra vez.

Se hizo un silencio mientras él marcaba un código en el sistema de control remoto para abrir la verja de seguridad y meter la furgoneta por la larga y sinuosa calzada de entrada y luego hasta el interior del gran garaje.

Jess, empleando sus brazos musculosos, se aupó hasta la silla que esperaba allí. La eléctrica, advirtió Saber.

—Vamos, tesoro. —Su voz amable fue tan inesperada que ella se encontró pestañeando para contener las lágrimas—. Puedes sentarte sobre mi regazo.

Saber consiguió esbozar una sonrisita, aunque su mirada eludió aquellos ojos suyos que todo lo veían mientras se acurrucaba como un ovillo contra su pecho, encontrando alivio en su presencia. Era duro como una roca. Deslizó el trasero sobre el enorme bulto del regazo, provocando el revuelo de miles de alas batiendo contra las pa-

redes del estómago de Saber. Siempre se sentaba encima de él, y siempre tenía una erección. Siempre empalmado. En ocasiones ella necesitaba con desesperación hacer algo al respecto — como ahora —, pero no se atrevía a cambiar su situación. Y no estaba claro que todo fuera por ella. Deseaba que lo fuera, pero él nunca había dado ningún paso al respecto. Ni una sola vez.

Jess sentía el temblor de su delgado cuerpo. Rozó con la mano el pulso frenético en la base del cuello de Saber. Por un momento la rodeó con brazos protectores y apoyó la barbilla en lo alto de su cabeza sedosa. Sin duda ella tenía que notar aquella atroz erección, pero nunca decía palabra, sólo deslizaba el trasero sobre él y se acomodaba como si encajara ahí a la perfección. Si ella podía pasar por alto aquel maldito bulto, él también.

— ¿Estás segura de que te encuentras bien, Saber? — preguntó con calma.

La muchacha asintió, con un sonidito afirmativo, musitado contra la amplia extensión de su pecho.

La silla de ruedas estaba bloqueada para no desplazarse mientras el ascensor les bajaba del coche. Por lo general, Jess prefería su silla ligera y rápida. La manejaba manualmente y podía moverla con facilidad; le gustaba el ejercicio, el control, la libertad de jugar. Pero en este momento estaba agradecido de contar con la silla eléctrica, más grande y pesada. Le dejaba los brazos libres para acariciar a Saber contra él. Parecía un poco perdida esta noche, muy vulnerable, una faceta suya que rara vez le enseñaba. Saber prefería el humor a ninguna otra cosa, lo empleaba a menudo como barrera entre ella y el resto del mundo.

Una vez dentro de la casa, llevó la silla directa a la sala de estar, sumida en penumbra. Enredó la mano en el cabello de Saber, masajeadando con los dedos su cuero cabelludo para aliviar la tensión en ella.

— O sea ¿que enfrentarte a mí era preferible a dormir con ese golfo, mmm? — bromeó con dulzura.

La muchacha levantó la cara hacia él.

— Nunca dormiría con nadie de quien no esté enamorada.

Y lo decía en serio. Iba a llevar su vida lo mejor posible. Iba a ha-

cer amigos, tener ideales, saber lo que era divertirse. Y maldición, por una vez, sólo una vez, iba a conocer el amor verdadero. Cuando llegara el momento entregaría a ese hombre su cuerpo, porque no tendría otra cosa que darle.

—Nunca me habías contado eso. ¿Quieres decir que todos esos idiotas con los que tienes citas...?

Ella se irguió con brusquedad. Se habría levantado de un salto de su regazo, pero los brazos formaban un círculo en torno a su forma delgada, reteniéndola con eficacia como su prisionera. Le dirigió una mirada iracunda.

—¿Eso pensabas de mí todo este tiempo? —preguntó—. ¿Crees que me iría a la cama con cualquiera?

De hecho las lágrimas brillaban en sus ojos, provocando un estremecimiento en el corazón de Jess.

—Por supuesto que no, preciosidad.

—Qué mentiroso eres, Jess. —Empujó la sólida pared de su pecho otra vez—. Suéltame. En serio, ahora mismo.

—Así no, Saber. Nunca antes hemos tenido una pelea y no quiero empezar ahora.

Por un momento ella permaneció rígida, apartándose de él, pero no podía enfadarse con Jess. Con un pequeño suspiro, Saber se recostó contra él y la tensión se evaporó. Sus brazos eran el único lugar donde se sentía a salvo. Había oscuridad por todas partes, expectante y vigilante. Casi podía oír su respiración, esperando a que subiera las escaleras y se fuera a su habitación solitaria.

No recordaba con claridad la primera vez que Jess la había puesto en su regazo, probablemente tras una de sus alocadas carreras en la silla, pero siempre había sido igual. En el momento en que la rodeaba con sus brazos, sentía que no quería irse de allí. Tal vez por eso permitía que su relación llegara tan lejos. Quizá fuera el motivo de que hubiera permanecido demasiado tiempo aquí, arriesgando demasiado. No podía soportar la idea de alejarse de él, y eso la volvía una completa estúpida.

—¿Así que vas a ocultarte de mí o vas a aceptar mi disculpa?

Frotó con la barbilla la parte superior de su cabello.

—Si ésa es tu manera de disculparte —suspiró ella con indignación— no estoy segura de que vaya a perdonarte. No me gusta lo que piensas de mí.

—Pienso lo mejor de ti, y lo sabes. —Tiró de un rizo especialmente intrigante—. ¿No sirve que diga «lo siento»?

—Espero que nunca tengamos una pelea seria de verdad.

Le dio un cachete en la mano, pero estaba más irritada consigo misma que con él. Podría permanecer así para siempre, sólo inhalando su fragancia, notando los músculos y el calor de su cuerpo extendiéndose por ella con un ardor deleitable que nunca antes había conocido.

Jess se rió en voz baja, y el sonido descendió como una pluma por la columna de Saber, como el contacto frío de unos dedos.

Al instante alzó la cabeza, horrorizada por las sensaciones perturbadoras de su cuerpo.

—Mejor que vaya arriba, Jesse, y te deje dormir.

Porque si no se apartaba de él, acabaría haciendo la boba y cedería a la necesidad de dejar un rastro de besos sobre su cuello y mentón, hasta encontrar esa boca que tanto la trastornaba... Se levantó de un brinco con el corazón acelerado.

A su pesar, él la dejó escapar.

—Te conozco mejor que todo eso, encanto; subirás y luego me tendrás desvelado toda la noche con tus ridículos paseos de un lado a otro del cuarto. Vete a ponerte el traje de baño, podemos ir a nadar.

El rostro de la joven se iluminó:

—¿Lo dices en serio?

—Vamos —ordenó él.

Cruzó el suelo de madera para llegar al pie de las escaleras y se detuvo para volverse a mirarle. En la penumbra, Jess podía ver su silueta perfecta, los pechos elevándose como una invitación contra el tejido de la blusa clara. Su cuerpo se tensó aún más, endurecido por ese familiar anhelo doloroso que no desaparecería de momento. Maldijo en voz baja, pues sabía que pasaría otra noche entera como tantas otras, ansiando el contacto de su suave piel y sus inquietantes ojos azules. Nunca había tenido una reacción así con una mujer. No podía sacársela de la cabeza, y si estaba cerca, su cuerpo se ponía a cien en segundos.

Demonios, ni siquiera tenía que estar cerca. El sonido de su voz por la radio, la fragancia que dejaba en el aire, su risa y, que Dios le ayudara, sólo pensar en ella hacía que su cuerpo le doliera sin pausa.

—Gracias, Jesse. Sabía que no me fallarías. No sé qué haría sin ti.

Él la observó subiendo por las escaleras y pensó en sus palabras. Era la segunda vez que afirmaba aquello esta noche. Y había un tono nuevo en su voz. ¿De asombro? ¿Advertía por fin que él era algo más que un hombre en una silla de ruedas? Eso no era justo; la mitad de las veces ella no parecía fijarse en la silla de ruedas, pero en el hombre tampoco.

Suspiraba por ella, tenía fantasías, soñaba con Saber. Más tarde o más temprano tendría que hacer algo. Diez meses era tiempo suficiente para saber que ella había atrapado su corazón en una intrincada maraña. Aunque se encontrara en una silla de ruedas y sus piernas estuvieran inútiles por debajo de las rodillas, por encima su cuerpo se encontraba a pleno rendimiento, y exigía una satisfacción, exigía a Saber Wynter.

Suspiró en voz alta. Ella no tenía ni idea de que había llamado a la puerta del diablo y que éste la había invitado a pasar. No tenía intención de renunciar a ella.

Saber encendió todas las lámparas que encontró en su recorrido a través de su salón hasta el dormitorio. Se quedó de pie junto a la ventana, mirando las estrellas. ¿Qué le estaba sucediendo? Jess la había acogido... pese a saber que era un error, de eso estaba segura. Se habían hecho amigos íntimos casi de inmediato. Les gustaban las mismas películas, la misma música, hablaban durante horas sobre todo, sobre cualquier cosa. Se reía con Jess. Podía ser la auténtica Saber Winter con él. Estrafalaria, triste, feliz, a él nunca parecía importarle qué decía o hacía... La aceptaba, así de sencillo.

En los últimos tiempos había estado demasiado inquieta, tumbada en la cama pensando en él, en su sonrisa, el sonido de su risa, la amplitud de sus hombros. Era un hombre guapo y atlético, con silla

de ruedas o sin. Y vivir con tal proximidad a menudo le hacía olvidar por completo la silla. Él era del todo autosuficiente: cocinaba, se vestía, conducía por toda la ciudad. Jugaba a bolos, a ping-pong, y cada día sin falta levantaba pesas e iba a nadar. Había visto su cuerpo; era un atleta de primera. Los músculos de sus brazos estaban tan desarrollados que apenas podía tocarse los hombros con los dedos por el tamaño de sus bíceps. Jess le había contado que los nervios habían quedado gravemente dañados por debajo de la rodilla, algo irreparable.

Desaparecía durante horas en su despacho, la habitación en la que ella nunca entraba, cerrada a cal y canto. Saber había avistado el equipo informático de última generación, y sabía que le gustaban los artificios tecnológicos, que había estado en la marina —un equipo de elite SEAL— que todavía recibía innumerables llamadas de sus amigos, aunque él mantenía esa parte de su vida apartada de ella, cosa que le parecía bien.

¿Pensaba en mujeres? Ellas con certeza pensaban en él. Había visto docenas de mujeres coqueteando con Jess. ¿Y por qué no? Guapo, rico, talentoso, el hombre más encantador de Wyoming. Jess era un buen partido para cualquier mujer. Era propietario de la emisora local donde ella trabajaba, y también hacía otras cosas, sobre las que no daba demasiadas explicaciones, pero a ella poco le importaban. Sólo quería estar con él.

Cerró la mano agarrando el encaje de la cortina, recogiendo el tejido en su puño. ¿Por qué tenía tantas ideas estúpidas sobre un hombre al que nunca podría tener? No se merecía estar con un hombre como Jess Calhoun. Nunca se quejaba, nunca le hacía callar. Era arrogante y estaba acostumbrado a que le obedecieran, eso era indudable, pero siempre le hacía sentirse especial. Era excepcional, extraordinario, y ella... iba a tener que marcharse pronto.

Sin darse cuenta, perdió la mirada por la carretera. Durante un momento se le detuvo el corazón. Había un coche aparcado entre los árboles justo detrás de las verjas de seguridad. Un pequeño punto rojo relumbró cuando el ocupante dio una calada. Todo en ella se paralizó, se quedó quieta por completo, con la respiración atascada en



la garganta. Su corazón empezó a acelerarse y retorció los dedos sobre el tejido de las cortinas hasta que los nudillos se pusieron blancos.

Luego alcanzó a ver a la pareja besuqueándose. Casi toda la tensión se alivió en su cuerpo. Por supuesto, era el aparcamiento perfecto, una calle sin salida.

Diez meses atrás, Saber había tomado esa misma carretera, pensando en esquivar a la gente. De hecho había acampado en la propiedad de Jess unos pocos días hasta que hizo tanto frío que estuvo convencida de que moriría congelada. Eso fue antes de que él instalara las verjas de seguridad y la alta y elegante valla.

¿Lo había hecho por ella? Casi siempre estaba nerviosa durante esos dos primeros meses, antes de que Jess lograra hacerle sentir que él la mantendría a salvo del resto del mundo. ¿O había algún motivo por el que él sintiera esa necesidad de seguridad?

Saber suspiró mientras volvía a poner la cortina en su sitio. ¿Veía Jess mucho más de lo que era conveniente? ¿Era consciente de que pese a todas sus travesuras y fanfarronadas, estaba asustada a todas horas?

Pensativa, se quitó los vaqueros negros y la camisa verde lima claro, atuendo perfecto para uno de los restaurantes cutres que le gustaban a Larry.

—Ciento cincuenta dólares —dijo desdeñosa en voz alta, en tono indignado—. Vaya mentiroso. La cena no costó más que una lata de comida para perros. ¿A quién se cree que engaña?

Se puso el traje de baño gris carbón y salmón. Comprimía su pecho y resaltaba la estrecha caja torácica y la delgada cintura, y revelaba las delgadas caderas con el corte alto francés. Saber se pasó la mano por la espesa masa de rizos negríssimos, evitando con cuidado mirarse al espejo. Se apresuró a ponerse una camiseta, cogió la toalla y bajó a toda prisa las escaleras para reunirse con Jess.

*Sujeto Wynter. Se ha encontrado en una situación que quedaría resuelta liquidando el origen del problema, pero el sujeto ha optado por pedir ayuda. En los pocos meses que lleva con el Sujeto Calhoun, ya no es*

*tan inflexible. Me detectó, no obstante tragó porque quería tragar. Se vuelve débil con el tiempo, olvida su entrenamiento al creerse la falsa sensación de seguridad. Unas cuantas semanas más y deberíamos poder recuperarla sin gran problema o riesgo. Fui capaz de introducir el virus en su sistema y debería empezar a hacer efecto casi de inmediato. Quizás entonces logre acceso a las instalaciones del Sujeto Calhoun. Él es mucho más difícil; está alerta todo el tiempo.*

—¿Qué refunfuñas?

La mujer sentada a su lado llevaba un rato pintándose los labios mirándose en el espejo retrovisor como él le había ordenado.

El hombre dirigió una mirada más a la habitación vacía antes de volverse hacia ella con una fría sonrisa.

—Todavía no has acabado. —Se abrió la bragueta y se bajó los pantalones, sujetándola por la nuca—. Veamos si puedes ganarte ese dinero que me cobras.

Subió el volumen de la música y se recostó en el asiento, cerrando los ojos mientras ella empezaba a trabajar. Exhaló un anillo de humo y aplastó el cigarrillo, permitiendo que la fogosidad le dominara. Le maravillaba la sensación poderosa de recostarse y disfrutar de ella, sabiendo que sería lo último que ella haría en su vida. Sabiendo que trabajaba para complacerle, pensando que sacaría una buena propina, pero en vez de eso...

Gimió y se impuso, introduciéndose más en su boca, reteniendo su cabeza aunque ella intentara forcejear, obligándola a aceptar su miembro en toda su medida, obligándola luego a limpiarle, antes de que cogiera su cabeza entre las manos y, con una sonrisa, le rompiera el cuello.